

Flavia Company

Por mis muertos



ÍNDICE

El abuelo de Andrea	13
PRIMERA PARTE: LO JURO	
La llama de la vida	17
El destornillador de Texas	23
Un pésame ideal	29
Arte bizantino	33
Número cincuenta y cinco	39
Alrededor de un epitafio	45
SEGUNDA PARTE: <i>IN MEMORIAM</i>	
El cartero	53
Piel de oveja	57
Secreto	65
Qué habrá sido de Moya	69
El caracol de mi abuela	73
Conexión argentina	77
TERCERA PARTE: HERENCIA Y ELECCIÓN	
La carta perdida de Andrea Mayo	83
Todos tenemos historias que terminar	103
Dos cuentos de amor	121

Uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres.

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», Jorge Luis BORGES

Soy feliz,
soy un hombre feliz,
y quiero que me perdonen
por este día los muertos de mi felicidad.

Pequeña serenata diurna, Silvio RODRÍGUEZ

*Para Inma, mi mujer,
que escuchó con tal entusiasmo todos estos cuen-
tos que no me quedó más remedio que escribirlos*

EL ABUELO DE ANDREA

TIENE LA COSTUMBRE desde que, cuando era niña, su abuelo le contaba historias supuestamente autobiográficas y casi inverosímiles que la entusiasmaban y que, como muchos años después dedujo, eran mentira de principio a fin o, según se defendía el abuelo en los últimos años de vida cuando ella se lo recriminaba, eran ficción. Ficción, Andrea, le decía el abuelo, un poco de ficción siempre hay que hacer, en la vida; es más, la vida es aquello que narramos que es la vida, es lo que la gente cuenta, el modo en que la organiza con las palabras y con la imaginación; la vida por sí misma no es nada. La realidad es la ficción que cada cual elige, Andrea, y por eso hay que elegir muy bien las mentiras que uno se cuenta y le cuenta a los demás y es importante que coincidan tanto como sea posible, ¿me entiendes?

PRIMERA PARTE
LO JURO

LA LLAMA DE LA VIDA

UNO

ESTAMOS EN BARCELONA. A la salida de una discoteca, cerca de la orilla del mar. De madrugada. Cinco hombres jóvenes discuten. Cuatro de ellos quieren seguir de juerga y el quinto prefiere regresar a casa. Es el único soltero. Siempre nos cortas el rollo, le dicen. Podéis ir sin mí. Le contestan, si salimos juntos, volvemos juntos, aquí no se raja nadie; cástate y verás que se te quitan las ganas de volver. Ríen. Hace frío en la calle, pero tres son fumadores. Uno de ellos propone ir de putas. Da una última chupada al cigarrillo y comenta, conozco un lugar que está muy bien, y no es nada caro, y empieza a caminar; invito a taxi, añade. Los otros tres casados acatan la propuesta sin rechistar. El soltero, en cambio, los sigue con la vista sin moverse. Se frota las manos y les echa el aliento para

calentarlas. Yo paso, dice, pero empieza a caminar hacia ellos, que discuten con el taxista para que acepte llevarlos a todos. Por fin accede. Cuatro atrás y el último en llegar, de copiloto, el lugar más peligroso en un automóvil, en caso de accidente, piensa el soltero al sentarse, y también se pregunta por qué permite que lo arrastren, por qué pirueta del destino él tiene que estar ahí y no en otro lugar. El taxi lleva la música a un volumen muy alto, apenas puede oír lo que comentan sus amigos en la parte de atrás. Le parece que en algún momento se burlan de él, incluso que lo retan a algo, pero él sigue con la mirada hacia delante, observa que se pasan semáforos en ámbar, espía con preocupación el velocímetro, podrían multarlos en cualquier momento. Barcelona está desierta a aquellas horas, dentro de un rato empezará a levantarse la gente para ir a trabajar, y ellos apenas tendrán tiempo de darse una ducha antes de llegar a la oficina. Son compañeros de trabajo y se han propuesto salir juntos el primer jueves de todos los meses. Aquel es el segundo jueves y él ya está harto. Va a ser el último, piensa, así que resuelve aguantar hasta que los otros decidan. No va a quedar mal por un día. El taxista se detiene. Han llegado. Bajan. Fumemos antes de subir, propone el que ha invitado a taxi, y saca el paquete de Winston y una caja de cerillas. Hace viento y se le apagan en cuanto las enciende. Acerquémonos al portal, aconseja. Y ahí sí, la cerilla aguanta. Enciende el suyo, acerca la llama al siguiente y cuando llega al soltero avisa que aquella es la última cerilla. Sin embargo, el hombre no acerca el cigarrillo sino que sopla para apagarla. Comenta, si enciendes tres cigarrillos seguidos con la misma cerilla, matas a un marinero. Mira la hora y dice, son las seis y media, a las ocho me abro.